

El lugar de producción de la Historia: el sujeto histórico Michel de Certeau

*The Place of Production of History: The
Historical Subject in Michel de Certeau*

NARA VICTORIA FUENTES CRISPÍN*

Universidad Nacional de Colombia

Sede Bogotá

* narafuentes@gmail.com

Recepción: 30 de marzo de 2007. Aprobación: 29 de junio de 2007

RESUMEN

El artículo centra su reflexión en la naturaleza y el lugar del *sujeto histórico* como elemento que subyace a los debates generados en el seno de las crisis de la disciplina histórica; crisis de las que se han ocupado diversas tendencias académicas. Sin centrarse en el asunto de la posmodernidad y de los estudios poscoloniales, la autora se ocupa aquí del *lugar del sujeto* en la producción de la historia, intentando un retorno a los términos de la modernidad en que fue originado este debate. En el marco de este debate surge la propuesta de Michel de Certeau, desde su oficio doble de historiador y filósofo.

[476]

Palabras clave: sujeto, lugar de producción, modernidad, teoría histórica.

ABSTRACT

This article centres his reflection on the nature and the place of the historical subject as element that sublies to the debates generated in the bottom of the crises of the historical discipline; crises with which diverse academic trends have dealt. Without centring on the matter of the postmodern era and of the “estudios poscoloniales”, the authoress deals here with the place of the subject in the production of the history, meaning a return to the terms of the modernity in which this debate was originated. In the frame of this debate Michel de Certeau’s offer arises, from his double office of historian and of philosopher.

Keywords: *Subject, Place of the Production, Modernity, Historical Theory.*

Nota preliminar

ESTAS NOTAS CONTIENEN algunas reflexiones sobre el sujeto histórico como uno de los más sugestivos elementos que subyacen a los debates generados en el seno de las arduas crisis de la disciplina histórica; crisis que emergen periódicamente y que, en su momento, han sido abordadas por historiadores de las más variadas tendencias académicas. Estoy en desacuerdo con la percepción generalizada de que los trabajos que se realizan desde los estudios denominados posmodernos hayan agotado la reflexión sobre el sujeto histórico propuesta por la modernidad. Por supuesto, también sería de necios no reconocer la importancia de los trabajos recientes que, desde los estudios poscoloniales y desde el enfoque de la subalternidad, han reabierto la pregunta por el lugar del sujeto histórico y el de la producción de la historia. Dado que hacer un balance de dichos trabajos no es el objeto de este texto, sólo quisiera mencionar tres de los más importantes en este sentido. El primero es el de James Scott, autor de *Los dominados y el arte de la resistencia*, en el cual se rescata el papel de los oprimidos en las sociedades dominantes, resaltando su calidad de sujetos históricos. El siguiente es *El lugar de la cultura* en el que Homi K. Bhabha se centra en la diferencia del discurso colonial como aparato de poder que gira sobre el reconocimiento y la renegación de las diferencias culturales e históricas;¹ de allí surgen, entre otros, conceptos como el de “pueblos sujetos”. El último es el ya conocido libro *Orientalismo* en el que Edward Said² plantea que el discurso colonial produce al colonizado en la intención de crear un “otro” que se puede conocer por el “régimen de representación”; esta producción apunta también a una realidad social, con unas condiciones materiales concretas y no a una dimensión meramente discursiva. Estas perspectivas son de inmenso valor por cuanto se interesan en la factura del discurso colonial y los tipos creados por dicho discurso para referirse al sujeto de la historia.

[477]

Ahora bien, sin demeritar el alcance de los nuevos enfoques, pareciera que el debate por el lugar del sujeto histórico no ha sido superado, ni algunos de los términos de la modernidad con que fue formulado este debate, como intentaremos mostrar más adelante. En general, la crítica a los paradigmas –propia de las crisis de la disciplina histórica– intenta señalar un nuevo horizonte en la manera como se aborda e interpreta el pasado. Sin embargo,

-
1. Homi K. Bhabha, *El lugar de la cultura* (Buenos Aires: Editorial Manantial, 2002).
 2. Edward W. Said, *Orientalismo*, 3ª ed. (Barcelona: Editorial de Bolsillo, 2004).

[478]

pareciera ser que la crisis se ha constituido en una especie de estado natural, en el que la no superación de ciertas cuestiones ha dado paso a una filosofía de la historia. En el presente artículo no se intenta agotar este debate, más bien, y dejando de lado los discursos denominados posmodernos que se han producido en los últimos años, busca reseñar algunas de las posiciones teóricas desde las cuales se ha abordado el sujeto histórico.³ Tanto en las distintas épocas de la historia como para las diversas corrientes de pensamiento, no se puede hablar de un único sujeto histórico; el sujeto cambia de rostro, se presentan variaciones en su rol social y su relación con el objeto de la escritura de la historia; éstos son algunos de los temas de más tensión para el análisis de la teoría. En el panorama de las anteriores reflexiones, surge la propuesta de Michel de Certeau desde su oficio doble de historiador y filósofo. Como veremos, se trata de un autor que ilumina el asunto, razón por la cual nos hemos centrado en él.

Contexto y crisis

No entraremos, entonces, en el análisis de la denominada “posmodernidad” y nos ajustaremos más bien al marco de la crisis de la concepción moderna de la historia. Los discursos que configuraron el mundo moderno han ido perdiendo su carácter nominativo; no sólo se trata del derrumbe de algunos presupuestos ligados a la construcción de la ideología política –el Estado-nación, la democracia–; se trata también de una crisis del sentido histórico mismo de la modernidad: la idea de progreso y la posibilidad de conocimiento de la verdad han recibido duras críticas desde diversos sectores del pensamiento. Los cambios políticos y económicos han significado un punto de quiebre con los presupuestos sobre los que se sustentaba la modernidad: el valor absoluto de la razón y la verdad. Para la modernidad, se habla de un sujeto histórico, no sólo racional y volitivo, sino un sujeto ideológico o político. Sin embargo, en la crisis de la modernidad se libran debates internos acerca de asuntos tales como la naturaleza del sujeto. Es el caso de la escuela de los *Annales* que, planteando un escape al historicismo positivista –y una revisión al sujeto histórico del positivismo, aquel que

-
3. La crítica histórica (e historiográfica) ha empezado a constituirse en un nuevo oficio que ya empieza a generar una producción casi industrial y ha abierto nuevos espacios, no a quienes se aplican a la indagación del pasado sino a quienes pretenden orientar el quehacer. Esta circunstancia se encuentra en directa relación con la transformación de los paradigmas de la sociedad que se han trasladado rápidamente a las ciencias sociales.

encarnaba la historia: el héroe, el líder, el conductor–, atraviesa por una serie de transformaciones que la llevan a mirar nuevos horizontes teóricos: desde el materialismo histórico hasta el estructuralismo:

En los tiempos de los primeros *Annales* (1929-1945), el factor virtualmente sobredeterminante es la influencia difusa y ambigua del viejo positivismo: se lucha en Francia contra la historia episódica de Langlois y Seignobos, basada en la servidumbre a los textos, y contra la “ciencia pura” del positivismo, pero también se critica, en un contexto más internacional, el presentismo de Croce y Collingwood que exagera el rol del sujeto-historiador y la metafísica cíclica de Spengler y Toynbee; batallas que, se quiera o no, son continuación de las antes libradas por el positivismo (sobre todo alemán) en favor de un método científico, crítico. Es por ello que en los fundadores de *Annales* encontraremos llamadas al objetivismo metodológico, junto con las conocidas posiciones relativistas, humanistas y subjetivistas, todo ello muy propio de historiadores renovadores pero fieles al oficio: enemigos tanto de la simplificación abstracta como de la reificación del objeto-texto.⁴

[479]

Jaime Borja señala que en la última fase de *Annales* surge la *historia de las mentalidades* como reacción al determinismo de Braudel. Este grupo, en el cual se encuentra Duby, buscó historiar la superestructura de la cultura ampliando los horizontes.⁵ En este tránsito, *Annales* propone la emergencia de nuevos sujetos históricos, como es el caso del sujeto geográfico planteado por Fernand Braudel en *El Mediterráneo en la época de Felipe II*. Esta contradicción interna se dio a pesar de que el sentido mismo de “la modernidad” implicaba un serio cuestionamiento a lo universal de su validez, en cuanto que dividió el mundo entre modernos y premodernos, y formuló audaces juicios sobre la unidad ideológica de dicho concepto. El liberalismo fue la base sobre la cual se sustentaron los “valores fundamentales” –el individualismo, la razón, el progreso, la libertad– que dieron origen a todos los grandes sistemas de pensamiento desde el siglo XIX, tanto aquellos que sostenían el

-
4. Carlos Barros, “El paradigma común de los historiadores del siglo XX”, *Historia a debate*, vol. 1 *Pasado y futuro*, ed. Carlos Barros (Coruña: Gráficas Sementeira, 1995): 95-117.
 5. Jaime Borja, “El lugar y la producción: De Certeau y la historia”, *La irrupción de lo impensado: Cátedra de Estudios Culturales Michel de Certeau* (Bogotá: Instituto Pensar, Pontificia Universidad Javeriana, 2004).

sistema como aquellos que lo cuestionaban.⁶ La fe en el progreso, propia de la modernidad, entronizó al hombre como especie, como sujeto llamado a dominar la naturaleza, rasgo que dio a la modernidad los elementos para constituirse en un discurso sólido e incontrovertible.⁷

[480]

Las críticas a la modernidad fueron desestimadas y rebatidas en tanto atentaban contra los valores fundamentales de la sociedad, mientras que la universalización de los valores modernos señalaba el triunfo de la “civilización” sobre la “barbarie”. Curiosamente, la crítica a la modernidad provino del interior mismo del pensamiento moderno: el discurso racional. Tras la crisis de la modernidad, se pone en evidencia la crisis de la historia, a pesar de que ésta había ido constituyendo un corpus tanto teórico como metodológico, y había ido “progresando” en cuanto al conocimiento acumulado y las metodologías para abordar los problemas históricos.⁸ El proceso de construcción de la disciplina histórica revela un proceso en el cual tanto el *sujeto* como el *objeto* se fueron configurando lentamente, y a través de su definición se fueron universalizando y convirtiendo en conceptos epistemológicamente sólidos. La construcción de sujetos sociales, dada tanto por la escuela de los *Annales* como por el materialismo histórico, se constituyó en el principal elemento teórico y metodológico para el análisis histórico. Los grupos sociales, al igual que las clases, se conformaron en categorías que fueron aceptadas en cuanto permitían la interpretación de los hechos históricos y otorgaban al pasado una “explicación” lógica y consistente con las teorías que iluminaban el desarrollo histórico mismo. La llamada “revolución historiográfica del siglo XX” estuvo directamente relacionada con la aparición de estos nuevos sujetos y con la emergencia de formas de abordar el pasado que los métodos de investigación ofrecieron a los historiadores.

6. Immanuel Wallerstein *et al.*, *Abrir las ciencias sociales* (México: UNAM/ Siglo XXI Editores, 1996) 29.

7. Manfred Max-Neef realiza una interesante crítica a la postura que diferencia radicalmente el capitalismo del socialismo. Señala que si bien sus diferencias radican en la concepción respecto a la distribución o acumulación de riqueza, los presupuestos fundamentales respecto a la valoración del hombre, a la idea de progreso y del llamado al dominio de la naturaleza son el lugar común en donde se evidencia con toda claridad su origen. Al respecto ver: Manfred Max-Neef, *La economía descalza* (Uppsala: Fundación para el Desarrollo Humano, 1984).

8. Joseph Fontana, *Historia: análisis del pasado y proyecto social* (Barcelona: Crítica, 1982) 247 y ss.

La filosofía de la historia asumió el asunto desde diversas posturas. La asimilación de los problemas históricos a problemas de orden científico fue condicionada desde el siglo XIX por la percepción de la realidad. La reacción contra interpretaciones que hallaban una explicación al desarrollo de la historia en el cumplimiento de un destino inevitable, encontró en los métodos de la ciencia una manera de conformar una estructura de pensamiento práctico en el desarrollo del conocimiento.⁹ Esto determinó una forma singular de ver el mundo, en la que *el sujeto que conoce se encontraba separado del objeto conocido*. La adopción de los esquemas de las ciencias naturales –que en cuanto tal se ocupaban del mundo natural, de lo concreto, aprehensible, mensurable, en fin, de lo real– para las nacientes ciencias sociales del siglo XVIII, tuvo un fin específico: otorgarle un carácter científico a aquello que para los científicos naturales era meramente conocimiento especulativo.¹⁰ La aceptación de que la realidad se constituía en un escenario neutral, externo y susceptible de ser aprehendido por el sujeto y por su naturaleza misma, distinta a éste, hizo que la división sujeto-objeto fuera considerada no sólo natural, sino evidente.¹¹

La adopción de un modelo científico dio a la historia el estatus de ciencia y orientó su concepción del *sujeto histórico* hacia el hombre como parte del engranaje social. Este enfoque fue reforzado por los objetos de estudio de la biología, la antropología y la sociología. Sin embargo, la necesidad de la historia –en tanto disciplina– de dar cuenta del pasado en relación con el presente, le brindó la posibilidad de variar y ser más abierta a los cambios y a las variaciones teóricas y metodológicas.

Quizás uno de los debates más paradigmáticos en la definición del objeto de la historia sea el sostenido por Thompson y Althusser, referenciado por Thompson en *Miseria de la teoría*.¹² Allí Thompson pone en cuestión la pertinencia del estructuralismo –entendido como la interacción de una estructura con sus partes– aplicado a la investigación histórica. El autor se pregunta por el lugar del sujeto en el engranaje estructuralista: ¿No es acaso la historia una construcción humana? La simple reducción de la intervención del hombre conllevaría a una visión ahistórica del pasado... Para el

9. Wallerstein 29-31.

10. “Conocimiento cierto (ciencia), distinto de un conocimiento que era imaginado e incluso imaginario (lo que no era ciencia)”. Wallerstein 29.

11. Wallerstein 31

12. Cfr. E. P. Thompson, *Miseria de la teoría* (México: FCE, 1977).

[482]

estructuralismo, la historia se encuentra movida por un motor externo al hombre, una especie de *deus ex machina* que determina el sentido último de la historia. Para Althusser, el hombre, y por ende lo humano, se encuentran por fuera del objeto de la historia, porque el sujeto de la historia no es él, es la estructura. Thompson señalará la ausencia del proceso desde la perspectiva althusseriana y la negación de ésta, de la posibilidad del movimiento; los hechos, entonces, quedan reducidos sin afectar ni determinar nada. Thompson advierte que esta convicción negaría toda posibilidad de conocer e interpretar el pasado como una construcción humana, y no sólo como la articulación y dinámica de la estructura y la sobreestructura. En Thompson encontramos una posición clara que orienta la reflexión de la teoría de la historia hacia la pregunta por el sujeto. *Costumbres en común* se constituirá en el desarrollo de dicho planteamiento, no sólo por la importancia que toma el sujeto de la historia sino porque de alguna manera se adelanta con su “historia desde abajo” a las posteriores reflexiones de Foucault sobre el sujeto: el lugar desde donde se produce el discurso. No hay que dejar de advertir que lo que se mueve debajo de todo este debate es una convicción nuevamente moderna y es la existencia de un individuo histórico, político, en cuya base se encuentra la formación marxista.¹³

Sujetos textuales: el lugar del sujeto

Posteriormente, los posestructuralistas se concentrarían en la producción del discurso como la esfera propia del sujeto, y este último sería definido en tanto productor y receptor de los discursos, en la confianza en que todo puede ser interpretado desde el análisis textual. Mark Poster se refiere a esta nueva definición del sujeto más allá de la postura posestructuralista:

La destacada cita de Derrida, “nada hay fuera del texto”, se ha vuelto para muchos el punto crucial de la defensa de la historia. Esta declaración demuestra las premuras del argumento, donde toda esta teoría se quiebra porque ignora la experiencia a favor del discurso, disuelve la acción en la textualidad, substituye el nihilismo por el compromiso social.¹⁴

13. Dentro del panorama de los marxistas ingleses es oportuno aclarar que para Thompson fue importante el trascender la explicación desde la categoría de clase; escribir la “historia desde abajo” e incluir la cultura como pieza fundamental para interpretar la economía ha sido el resultado más sobresaliente de sus últimos trabajos históricos.

14. Mark Poster, *Cultural History and Postmodernity* (Nueva York: Columbia University Press, 1997) 144.

En su percepción de los posestructuralistas, Poster introduce la noción de agente por sobre la teoría de los textos. Sin usar la expresión de posmodernidad, Poster describe la situación de ese agente, inmerso en lo que él llama un “nuevo modo de información”, a la manera de los modos de producción del marxismo:

Cada hogar es cubierto por los inmensos sistemas de intercambio simbólico, unidos con las redes globales de comunicaciones electrónicas. Y como resultado se constituyen los individuos como sujetos de estos sistemas de información complejos: ellos son puntos en los circuitos de flujos de la lengua-imagen; ellos son, para abreviar, agentes de la textualidad. Sus percepciones son organizadas por las máquinas de información. Su sentido de tiempo se rige por los sistemas de secuencias digitalizadas (...) Su conocimiento se guarda en archivos electromagnéticos que dan una reproducción literal, inmaterial, instantánea, y, en principio, casi gratuitamente. Los Individuos que tienen esta experiencia no están por fuera del mundo de los objetos, observando, ejerciendo las facultades racionales, y manteniendo un carácter estable. Los individuos constituidos por los nuevos modos de información se sumergen y dispersan en prácticas de la textualidad... Ciertamente no todos los individuos son igualmente afectados por estas tendencias; hay disparidades introducidas por las jerarquías de raza, género, clase y edad. Tales desigualdades en la diseminación de la agencia textual necesitan ser estudiadas, consideradas y dirigidas políticamente.¹⁵

[483]

Michel Foucault, quien se negó a identificarse como posestructuralista o posmoderno, en su *Arqueología del saber* se interesa aparentemente por problemas que trascienden al sujeto histórico como centro del análisis. Según él, sus preocupaciones son “no por escuelas, generaciones y movimientos, ni aún siquiera el personaje del autor en el juego de trueques que ha anudado su vida y su ‘creación’, sino la estructura propia de una obra, de un libro, de un texto”.¹⁶ Para Foucault, el problema ya no es el establecimiento narrativo de continuidades, ni la tradición ni la cronología, sino “el recorte, el límite”. Sin embargo, el sujeto le interesa en cuanto al lugar desde donde se produce el discurso: en esta especie de *topos* del sujeto, éste será el centro de su reflexión. “(...) mi objetivo ha sido crear una historia de los

15. Poster 155.

16. Michel Foucault, *La arqueología del saber* (Bogotá: Siglo XXI Editores, 1978).

[484]

diferentes modos por los cuales, en nuestra cultura, los seres humanos se convierten en sujetos”.¹⁷ Para ello, se ocupa de tres modos de objetivación que transforman a los humanos en sujetos. El primero, manifiesto en los modos de inquirir y la transformación del lenguaje en ciencia; las maneras como se objetiviza la realidad y se constituye con el estatuto de ciencia. Un segundo modo será el inscrito en las llamadas “prácticas de escisión”, a través de las cuales el sujeto es separado de los otros y objetivizado en la contraposición: el loco vs. el cuerdo, el enfermo vs. el sano, los criminales vs. los inocentes. El tercero, la forma a través de la cual los seres humanos se constituyen en sujetos a sí mismos, por ejemplo a través de la sexualidad.¹⁸ En este proceso, el poder se constituye en el escenario en el cual Foucault ubica al sujeto en cuanto que se encuentra situado en relaciones de producción y de significación:

Ahora bien, me pareció que la historia y la teoría económica proporcionaban un buen instrumento a las relaciones de producción, que la lingüística y la semiótica ofrecían instrumentos para estudiar las relaciones de significación; pero para las relaciones de poder no teníamos instrumentos de estudio. Para pensar el poder solamente podíamos recurrir a las formas basadas en los modelos legales.¹⁹

Los trabajos de Foucault plantearon a la historia una profunda revisión de sus objetos de estudio, pero, a la vez, reinterpretaron las nociones de sujeto y las relaciones del mismo con las estructuras sociales, políticas y económicas construidas por las diversas tendencias históricas. Las de mayor peso, aquellas construidas por la escuela de los *Annales* y por el materialismo histórico, fueron sacudidas, y la aparición de nuevos sujetos –los marginados– y de nuevos estudios en su relación con el *establecimiento* se hizo inmediata. Sin embargo, a pesar de que el análisis de Foucault recurrió a la historia, su objetivo no fue construir interpretaciones respecto a la teoría de la historia sino conocer las condiciones históricas que motivan la conceptualización y las formas a través de las cuales la racionalización del sujeto, o mejor, racionalidades específicas, se vinculan con el poder. Foucault es claro al señalar que su objetivo no ha sido la historia sino la filosofía, y si bien emplea categorías históricas en su análisis, lo hace con el

17. Michel Foucault, *Sujeto y poder* (Bogotá: Editorial Carpe Diem, 1991) 51.

18. Foucault, *Sujeto* 52.

19. Foucault, *Sujeto* 53.

fin de observar la genealogía y la arqueología de las formas de pensarse y de constituirse como sujeto.²⁰

La nueva forma de constituir al sujeto de la historia señaló la aparición de nuevas formas de pensar el pasado. Si bien los principales críticos de Foucault señalaban su desconocimiento de la práctica histórica (más bien, el no ser historiador), fue inevitable el surgimiento de una sospecha hacia las formas de hacer la historia y a la manera como ésta desarrolló su corpus teórico y conceptual, directamente relacionado con las formas de hacer y de conocer el pasado. En este contexto aparece Michel de Certeau, quien llevará la historia a un nuevo punto, ahondará en la sospecha de las categorías históricas construidas a lo largo del siglo XX, elaborará nuevos marcos de interpretación del objeto y del sujeto históricos y contribuirá a profundizar en el debate contemporáneo respecto a la disciplina histórica, resultado de las prácticas de un saber.

[485]

De la escritura a la escritura de la historia

Una de las innovaciones del grupo que señala arriba Borja en el tránsito de *Annales*, fue el recurso a nuevas fuentes en lo que se llamó la revolución del documento. En su oficio de historiador, De Certeau fue un renovador en cuanto a la valoración y uso de diversas fuentes documentales. La literatura ocupa un lugar especial en sus análisis porque su punto de partida consiste “en buscar aquello que tiene que ser rechazado para constituir una identidad que se presenta como estable. En este caso la ciencia, para ser tal, rechaza o reprime la ficción: lo literario como lo contrario de lo científico. Pero lo reprimido siempre retorna desde la lógica de la identidad constituida como algo inexplicable”.²¹ Pero no sólo en el uso de la literatura como fuente hizo una revaloración del discurso narrativo. Para De Certeau, el lenguaje forma parte fundamental del análisis y señala la existencia de resistencias manifiestas en el lenguaje común, opuesto al lenguaje de la academia y de las grandes “discursividades”. Retomando los estudios de Wittgenstein, emplaza el estudio del lenguaje y lo lleva al campo del análisis histórico. Para De Certeau, el punto crítico consiste en el cuestionamiento a nuestras sociedades técnicas y sus fronteras divisorias entre las “discursividades” de una especialización, es decir, las que mantienen una razón social mediante separaciones operativas (estratégicas) y las “narratividades” del intercambio

20. Foucault, *Sujeto* 63.

21. Borja 83.

[486]

masificado, esto es, las que permiten o frenan la circulación dentro de un tejido de poderes.²² Desde la mirada de De Certeau, estamos inmersos en el lenguaje ordinario y todo discurso se ve cobijado por esta condición; incluso aquellas experiencias humanas en apariencia no descriptibles y de las que muchas veces no se puede decir nada. Se hace fundamental, entonces, indagar en los niveles de la elaboración de los discursos, puesto que las maneras cotidianas de hablar no tienen equivalencia en los discursos filosóficos y no son traducibles a éstos. De alguna manera, las formas del habla cotidiana constituyen una serie de “distinciones” y de “conexiones” acumuladas por la experiencia histórica, almacenadas en el habla común. Pero esta lengua cotidiana no es una mera simplificación del lenguaje, puesto que, en tanto prácticas lingüísticas, manifiestan complejidades lógicas sorprendidas para las formas académicamente elaboradas:

Todo el texto de *La invención de lo cotidiano* está atravesado por la problemática del lenguaje. La enunciación se despega del enunciado. Algo escapa a la norma científica. Algo deja de ser apresado por los grandes productores. El habitar, el andar por la ciudad, las vías de un tren, el recorrido de un viajero, los lapsus, los actos fallidos, los síntomas que hablan más allá de lo dicho. Todo pareciera como si un arte de hacer se gestara en las prácticas del día, del hábito rutinario. Algo escapa a la rutina. Se escabulle, se escamotea. El acto enunciativo es del hombre ordinario. Es su resistencia y su malestar. Un arte en el ejercicio de los usuarios. Ellos producen prácticas significantes. Utilizan tácticas y estrategias. Las estrategias tienen un lugar y se relacionan con el poder; las tácticas, en cambio, no poseen un lugar propio: vencen al tiempo, juegan sobre el otro.²³

La diferenciación entre la escritura y el habla discursiva y erudita frente a la coloquial, conduce a De Certeau a reflexionar sobre el problema de la escritura de la historia y las formas como el discurso histórico es elaborado y sostenido como un *cuerpo* social, nicho en el cual se establece la relación entre una institución y la definición de un saber. Para De Certeau el trabajo del historiador es una tarea de reconstrucción del pasado y, al mismo tiempo, una búsqueda de cuerpos. La historia sería, entonces, una recomposición de

22. Borja 224.

23. Juan Alberto Litmanovich, “A un texto una invención”, *Historia y Grafía* (México, ene.-jun. 1997): 36

vestigios que permiten fabricar un cuerpo que viene a sustituir la ausencia del que ya pasó:

Habría que analizar cómo la historia procede a estas fabricaciones de cuerpos. Estas se refieren, para empezar, al deseo que tiene la historia de “dar cuerpo” a su discurso y hacer de su lenguaje un cuerpo, casi un cuerpo. En realidad, lo que se produce a partir de estos “rastros”, a partir de fragmentos y residuos –los archivos y los documentos–, son topografías que cotejan, dentro de un mismo cuadro, conductas típicas. Bajo su forma narrativa, el texto histórico ensarta, como perlas, una serie de acciones que ha seleccionado y que da valor. Compone así, de manera más o menos alusiva, una cartografía de esquemas corporales: maneras de mantenerse, reñir, reunirse, saludar, etcétera. (...) Sustituye el funcionamiento social del cuerpo físico con las reglas (la “urbanidad”) de un cuerpo social.²⁴

[487]

De Certeau pretende descifrar la forma como se configura la disciplina-práctica a partir de dos elementos: el formal, a través del estudio de la génesis y la evolución de la escritura moderna, y el estructural-funcional que describe los mecanismos que la determinan. La estructura y función de la práctica de la escritura en la modernidad, sólo es posible de ser comprendida a partir de su arqueología. Por ello, De Certeau sostiene que: “La escritura de la historia es el estudio de la escritura como práctica histórica”.²⁵

De Certeau distingue las escrituras modernas de las anteriores, a las cuales denomina como “escrituras cristianas”, que son productoras de sentido, mientras que las escrituras modernas encuentran un sentido. Lo anterior se verifica en la relación entre historia y mito. “Ésta es sin duda la razón por la cual la historia ha tomado el relevo de los mitos ‘primitivos’ o de las teologías antiguas desde que la civilización occidental dejó de ser religiosa”.²⁶ En la modernidad, la escritura se reduce a un conocimiento científico; por ello aparece como una industria escriturística que hace la historia, mientras que la escritura cristiana aparece como una escritura dada o revelada, que no produce el sentido porque parte del presupuesto de la creación divina del

24. Georges Vigarello, “Historias de cuerpos: entrevista con Michel de Certeau”, *Historia y Grafía* (México: jul.-dic. 1997).

25. Michel de Certeau, *La escritura de la historia* (México: Universidad Iberoamericana, 1993) 12.

26. De Certeau, *La escritura* 61.

cosmos.²⁷ El que escribe en la escritura cristiana, habla de un orden dado y no de un orden producido. La escritura moderna, *produce*, mientras que la otra, la medieval o cristiana, *dice*, enuncia el orden.

[488]

De Certeau opone y diferencia la oralidad de la escritura, no sólo por su carácter formal sino porque cada una surge de experiencias distintas, hasta tanto no se configura el *acto escriturístico*: la escritura, como tal, nace con la modernidad, cuando se separa plenamente de la oralidad. Mientras que para la sociedad moderna el *acto escriturístico* instituye el universo del sentido, para la sociedad medieval, es la voz la que tiene sentido. El proceso a través del cual el *acto escriturístico* se instituye en la modernidad es a través del reemplazo de la tradición, de su reescritura y, por eso, la tradición, ya objetivada y extirpada del mundo presente, debe ser conquistada por la escritura de la historia. La tradición recibida, para nuestra sociedad sólo adquiere sentido o, mejor dicho, se vuelve útil, si se transforma en texto producido.²⁸ Por ello, visto desde la escritura moderna, las escrituras cristianas son mitos o supersticiones, es decir, aquello que no produce nada. La escritura moderna cree producir la historia de ese otro (el pasado) que es su posibilidad. Ahora bien, en relación con el lugar de la oralidad dentro del discurso histórico, es oportuna aquí la reflexión de Francisco Ortega sobre el concepto de fábula en De Certeau. La fábula identifica la voz del otro, el lugar desde donde habla; en ella, Ortega destaca dos rasgos principales: “una oralidad que resulta de su exclusión de la economía escrituraria –el salvaje, la posesía, el pueblo, etcétera– y un saber imperfecto que resulta de su exclusión de los regímenes modernos de verdad: el mito, la herejía, el rumor, entre otros. Es decir, la fábula identifica un sujeto excluido y crea la necesidad de corregir o completar y traducir su posición, pues la fábula nunca sabe lo que dice”.²⁹

Un segundo problema que aborda De Certeau es el del “lugar de producción” del historiador. Si bien este problema ha sido abordado por la historiografía a todo lo largo del siglo XX, en el debate sobre la objetividad del historiador, éste se enfrenta al pasado desde sus estructuras de sentido, desde las lógicas del tiempo presente, que no necesariamente son las lógicas

27. De Certeau, *La escritura* 61.

28. De Certeau, *La escritura* 63.

29. Francisco Ortega, ed., *La irrupción de lo impensado: Cátedra de Estudios Culturales Michel de Certeau* (Bogotá: Instituto Pensar, Pontificia Universidad Javeriana, 2004).

del pasado. De Certeau no entra a describir mecanismos metodológicos desde los cuales se pueda evitar el “problema” de la objetividad, más bien lo resuelve, situándose en la ambigüedad de la frontera que existe en el tiempo: la historia. Para él, no es el estudio del pasado, sino el estudio de la relación compleja entre pasado y presente, es decir, un pasado convertido en objeto de estudio, del cual siempre se está a una distancia razonable. Por ello, en cierta medida, desdeña las cronologías y las periodizaciones, elemento que se constituye en la principal crítica que se le hace. Sin embargo, y como tercer problema, su postura se encuentra justificada en la medida en que considera los problemas de la escritura de la historia como problemas de la construcción narrativa. Una de sus críticas más acérrimas es contra los modos de escribir la historia, íntimamente ligados con las estructuras narrativas tradicionales de la literatura. A pesar de los intentos de la historia cuantitativa y de series, e incluso la más estructural, la historia no ha podido escapar de las “prisiones” narrativas.³⁰ Estas estructuras se encuentran estrechamente ligadas con los lugares de producción y las instituciones que originan los discursos: los “enlaces discretos entre un *saber* y un *lugar*”:

[489]

Por ejemplo, el nosotros del autor nos remite a una convención (...). En el texto, es la escenificación de un contrato social “entre nosotros”. Es un sujeto plural que “sostiene” al discurso. Un “nosotros” se apropia el lenguaje por el hecho de presentarse como el locutor (...). La mediación de este “nosotros” elimina la alternativa que atribuiría la historia ya a un individuo (...) nos ofrece la posibilidad de un lugar donde se apoya el discurso sin identificarse con él.³¹

A partir de la exposición de una “pequeña sociología del saber histórico”, en los términos de Jean Chesneaux, De Certeau expone la forma como el discurso se encuentra directamente ligado a las instituciones que lo producen y a los lugares desde los cuales es elaborado. La institucionalidad académica determina la posibilidad de tener acceso a la enunciación historiográfica y se constituye en la reguladora de la producción escriturística que determina una división entre “la obra literaria del que tiene autoridad

30. Al respecto ver: Roger Chartier, “La historia entre representación y construcción”, *Prismas: Anuario de Historia Intelectual* 2 (Buenos Aires, 1998). Cfr. Roger Chartier, *On the Edge of the Cliff* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1997).

31. De Certeau, *La escritura* 75.

[490]

y el esoterismo científico del que hace investigaciones”.³² Aunque De Certeau plantea la necesidad de reconocer precisamente esta naturaleza en el discurso histórico, más que negarlo o pretender transformarlo. Sugiere la necesidad de que el historiador sea consciente de su lugar de producción, y desde allí se instale para enunciar. Esta postura resulta interesante después de todo, pues no señala una negación de la producción histórica sino, más bien, ofrece nuevas posibilidades al análisis historiográfico, al señalar las conexiones que se establecen entre los lugares de producción y las estructuras del poder.

Del sujeto social al hombre ordinario

Michel de Certeau ha sido visto, en cierta medida, como un continuador de los senderos trazados por Michel Foucault, con quien en apariencia comparte una serie de preocupaciones de carácter epistemológico respecto a la disciplina histórica: su interés en descifrar las formas en que el poder se hace manifiesto en la sociedad, las formas en que tal poder se instituye y se instala en la realidad, las formas como se elaboran y construyen los discursos sobre esa realidad... Sin embargo, mirados en detalle, y a pesar de que se necesitaría para la elaboración de posteriores hipótesis experiencia en el manejo de cada uno de estos autores, se podría notar en una primera aproximación que éstos presentan divergencias y posturas distintas. En primer lugar, se debe resaltar que Michel de Certeau, a diferencia de Foucault, posee formación de historiador, y sus trabajos se enmarcan dentro de esta práctica disciplinar. De otro lado, “los lugares” desde donde habla De Certeau, son distintos a los de Foucault. Jesuita desde los 31 años hasta su muerte, De Certeau es influido profundamente por Freud, autor que, junto con Wittgenstein, se constituyen en los pilares teóricos de los cuales derivaron sus principales trabajos.

La obra de Michel de Certeau señala una permanente preocupación por la indagación sobre las “prácticas” y los “usos” más cotidianos y mínimos por parte de los sujetos comunes y corrientes, quienes manifiestan una resistencia evidente e incesante ante el poder y sus estrategias: “A las muchedumbres les quedaría solamente la libertad de rumiar la ración de simulacros que el sistema distribuye a cada uno. Ésa es precisamente la idea contra la cual me levanto: semejante representación de los consumidores

32. De Certeau, *La escritura* 77.

resulta del todo inadmisibles”.³³ Su conjetura descansa en la idea de que las personas ordinarias elaboran maneras de resistirse a los productos y bienes que ellos adquieren cada día como consumidores –artículos tan mundanos como los periódicos, los programas de televisión, y comestibles–. Ellos no pueden escapar a la economía cultural dominante, pero pueden adaptarla para sus propios fines. La disciplina, afirma, es constantemente desviada y resistida por aquellos que son atrapados en sus redes, y que su “dispersión, su creatividad táctica, y provisional” constituyen una “antidisciplina” que el análisis de Foucault ignora. De Certeau llama a esto *perruque* (la peluca), un acto en el cual el empleado hace las cosas para él mientras trabaja para su jefe –escribir una carta de amor en el trabajo, por ejemplo, o usar las herramientas de la fábrica para hacer algo para sí mismo–. Estos actos persisten a pesar de las medidas tomadas para reprimirlos. Las relaciones de poder están presentes en todos los niveles e incluso pueden manipularse para la autodefensa.³⁴ Es así como el autor establece tres elementos que permiten construir un modelo de interpretación respecto a las relaciones entre los sujetos históricos y las prácticas que los construyen como tales: la cuestión del uso y del consumo, los procedimientos de la creatividad ordinaria y la formalidad de las prácticas.

[491]

En cuanto a la cuestión del *uso y del consumo*, De Certeau insiste en considerar al hombre común como un consumidor que trastoca lo que le es ofrecido por el sistema de producción. Dice De Certeau que “a una producción racionalizada, expansionista y centralizada, ruidosa y espectacular, corresponde *otra* producción astuta, silenciosa y casi invisible”,³⁵ que opera no con productos propios sino con *maneras de emplear* estos productos. Los usuarios elaboran de manera artesanal las innumerables facetas de la autoridad para transformarla de acuerdo con sus intereses y sus propias reglas. Es de reconsiderar, entonces, el papel dado al consumidor común, evadiendo las nociones de cultura popular. Las ciencias sociales, afirma, han hecho de las representaciones y los comportamientos de una sociedad su objeto de estudio, dejando de lado la identificación del uso que se hace de estos objetos. En los intersticios entre la producción y el consumo, habita un espacio de realización, de fabricación, una *poiética* oculta y diseminada

33. Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano*, vol. 1 (México: ITESO/ UIA/ CFEMCA, 1996) 178.

34. Litmanovich 180.

35. Litmanovich 180.

en las maneras de hacer. El consumidor, en su recepción y apropiación del entorno *metaforiza el orden dominante y desvía las direcciones propuestas*.³⁶

[492]

En cuanto a los *procedimientos de la creatividad cotidiana*, Michel de Certeau cuestiona las nociones de poder establecidas por Foucault y sustituye el análisis de los sistemas que ejercen el poder –las instituciones localizables, expansionistas y represivas– con el análisis de los dispositivos que han constituido las instituciones y reorganizado sofisticadamente el poder, apuntando hacia los procedimientos “minúsculos” que confrontan y se oponen a estas manifestaciones del poder. Para nuestro autor, la resistencia es el elemento que va en contravía de la identidad entre estructura social y pensamiento (como suponía *Annales*). Desde allí, la estrategia es el lugar desde el que se recibe la proposición de un determinado texto y es la cotidianidad, el espacio por el cual circula el poder, en donde se ponen en juego las posiciones de resistencia. De Certeau señala estas resistencias como entidades que no dependen unívocamente del poder; los procedimientos “minúsculos” y cotidianos también juegan con los mecanismos de la disciplina y los trastocan desde una óptica de los consumidores, aparentemente pasivos e inermes ante el poder. “La táctica es el arte del débil. Pero el débil ya no es el débil. El ingenuo no es tan ingenuo (...) Al arte de los fuertes, de *Vigilar y castigar*, De Certeau opone la razón de los débiles, su poder y sus tácticas”.³⁷ Estos son los procedimientos y ardidés a través de los cuales los consumidores crean una “antidisciplina”:

Si es cierto que por todos lados se extiende y se precisa la cuadrícula de la “vigilancia”, resulta tanto más urgente señalar cómo una sociedad entera no se reduce a ella; qué procedimientos populares (también minúsculos y cotidianos) juegan con los mecanismos de la disciplina (...) en fin, qué maneras de hacer forman la contrapartida, del lado de los consumidores (...) de los procedimientos mudos que organizan el orden sociopolítico.³⁸

La *formalidad de las prácticas* se refiere al empleo de una lógica propia, desprovista del peso de la ideología y de sus instituciones. Estas prácticas ponen de manifiesto la construcción de lógicas que se oponen a las establecidas por el poder y por sus instituciones, y señalan los principios de una

36. Litmanovich 180.

37. Litmanovich 34.

38. Litmanovich 194.

racionalidad “popular” que escapa tanto a las lógicas de los sistemas de pensamiento como a las racionalidades construidas desde la academia.

Para elaborar su interpretación, De Certeau establece un marco de interpretación en el cual los conceptos de táctica y estrategia le permiten centrar su análisis en las relaciones del poder y los procesos de resistencia que manifiestan los “hombres ordinarios”. Al respecto señala:

Llamo estrategia al cálculo de relaciones de fuerzas que se vuelve posible a partir del momento en que un sujeto de voluntad y de poder (una empresa, un ejército, una ciudad, una institución científica) es susceptible de aislarse de un ‘ambiente’. La estrategia postula un lugar susceptible de circunscribirse como un lugar propio y luego servir de base a un manejo de sus relaciones con una exterioridad distinta (los clientes o los competidores, los enemigos, el campo alrededor de la ciudad, los objetivos y los objetos de la investigación). Como en la administración gerencial, toda racionalización ‘estratégica’ se ocupa primero de distinguir en un ‘medio ambiente’ lo que es ‘propio’, es decir, el lugar del poder y voluntad propios. La racionalidad política, económica o científica se construye de acuerdo con este modelo estratégico. Por el contrario, llamo táctica a un cálculo que no puede contar con un lugar propio, ni por tanto con una frontera que distinga al otro como una totalidad visible. La táctica no tiene más lugar que el del otro. Se insinúa, fragmentariamente, sin tomarlo en su totalidad, sin poder mantenerlo a distancia. No dispone de una base donde capitalizar sus ventajas, preparar sus expansiones y asegurar una independencia en relación con las circunstancias. Debido a su no lugar, la táctica depende del tiempo, atenta a ‘coger al vuelo’ las posibilidades de provecho. Necesita jugar constantemente con los acontecimientos para hacer de ellos ‘ocasiones’. Sin cesar, el débil debe sacar provecho de fuerzas que le resultan ajenas. Lo hace en momentos oportunos en que combina elementos heterogéneos, pero su síntesis intelectual tiene como forma no un discurso, sino la decisión misma, acto y manera de ‘aprovechar’ la ocasión. Caza furtivamente. Crea sorpresas. Le resulta posible estar allí donde no se le espera. Es astuta.³⁹

[493]

Las tácticas no se encuentran fijadas por comunidades circunscritas, son más bien móviles, errantes, y ponen de manifiesto las formas en que la “inteligencia” –en lugar de la racionalidad– es indisociable de la resistencia

39. Litmanovich 64.

[494]

en la cotidianidad. Así, a diferencia de las estrategias que ocultan bajo el manto de la objetividad y el cálculo la relación con el poder que las sostiene, las tácticas operan vehiculadas por el lugar propio, por la costumbre y por las instituciones. Las tácticas avanzan al minar paulatinamente la aparente dureza de las estrategias de poder.⁴⁰ Aún más, en desarrollos como el del objeto de la denominada *historia cultural*, autores como Roger Chartier hablarán de la tensión entre la capacidad inventiva de los individuos o las comunidades y las restricciones, normas, protocolos y convenciones que la limitan, para sustentar su noción de *representación*.⁴¹ Desde allí, se precisaría, entonces, identificar los lugares sociales en donde se establecen los cambios de comportamiento que denotan el cambio de relación de los sujetos con las estructuras de poder. De allí que el mismo De Certeau afirme:

Por cierto, la noción de una “coherencia social”, de un “complejo”, de una mentalidad o de un “específico colectivo” –tiene un “carácter operatorio”; es un instrumento de análisis, ni evidente ni claramente definido por sí, pero necesario para la inteligibilidad de la historia. Deja aparecer una ligazón sincrónica entre los sistemas mentales y las espiritualidades que allí se inscriben.⁴²

De Certeau establece una serie de relaciones entre la escritura, la lectura y el habla y entre el espacio pensado y definido y el practicado y transformado. Entendiendo todo acto de consumo como una práctica de lectura, y toda producción como un acto de escritura, la nuestra es una sociedad que se convierte en texto y lectura, que es lectora de mensajes verbales, de imágenes, de sonidos...⁴³ Esta mirada, sin embargo, no es para nada pasiva; se entiende la lectura a través de sus tácticas, de las formas de *cazar* el objeto y hacerlo propio, de combinar, metaforizar y crear paisajes inexistentes. Lo que se pone en juego es una *ratio* popular, una manera de pensar cobijada por una manera de actuar y un arte de combinar opciones cotidianas asociadas a formas de emplearlas de manera efectiva. Se trata de una teoría de las prácticas cotidianas que busca unas maneras de hacer que no figuran sino como resistencias o como inercias en relación con el desarrollo de la

40. Martín Mora Martínez, “En el umbral de la invención humana”, tesis de doctorado, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 1988.

41. Cfr. Chartier.

42. Michel de Certeau, “Culturas y espiritualidades”, *La debilidad de creer* (Buenos Aires: Katz Editores, Colección Conocimiento, 2006) 47.

43. De Certeau, *La invención* vol. 1, 197.

producción sociocultural. Estos procedimientos y estratagemas o ardidés *–ruses–* de los consumidores, componen la red de una antidisciplina materializada en trayectorias, tácticas y retóricas. Las *artes de hacer* representan las formas y la capacidad de resistencia del hombre ordinario. Señalan la importancia de sus actos en las determinaciones más inmediatas de su vida diaria, la importancia de un sujeto volitivo y para nada inmóvil y pasivo: “Siempre es bueno recordar que a la gente no debe juzgársela idiota”.⁴⁴ De Certeau propone maneras de pensar las prácticas cotidianas de los consumidores señalando que son de tipo táctico, a diferencia de las determinaciones estratégicas, más afines a las instituciones.

[495]

El recorrido por esta concepción particular del sujeto de la historia permite interpretar las acciones, los silencios, “el dominio de la no-práctica, el dominio de la pasividad y la inercia: la vida cotidiana, el ocio, el consumo, las caminatas, la cocina. Tradicionalmente entendidos, éstos no son sitios de práctica o acción sino espacios no-históricos, tiempo vacío, pérdida”.⁴⁵ A pesar de no ser su propósito, De Certeau expone los elementos fundamentales para una teoría de la resistencia, redefiniendo las relaciones de poder, incluso las expuestas por Foucault, en cuanto que la resistencia se constituye en un hecho cotidiano que escapa a la acción política, y que muchas veces ni siquiera la persigue. Estos presupuestos permiten al historiador variados trabajos, entre otros, aquellos que se proponen analizar las circunstancias americanas de la colonización y dominación.

OBRAS CITADAS

Barros, Carlos. “El paradigma común de los historiadores del siglo XX”. *Historia a debate*. Vol. 1. *Pasado y futuro*. Ed. Carlos Barros. Coruña: Gráficas Sementeira, 1995.

Bhabha, Homi K. *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Editorial Manantial, 2002.

Borja, Jaime. “El lugar y la producción: De Certeau y la historia”. *La irrupción de lo impensado: Cátedra de Estudios Culturales Michel de Certeau*. Bogotá: Instituto

44. De Certeau, *La invención* vol. 1, 189.

45. “De Certeau teorices the domain par excellence of nonpractice, the domain of passivity an inertia: everyday life, leisure, consumption, walking, cooking. Traditionally understood, these are the sites of practice or action but nonhistorical spaces, emty time, waste”. Poster 122.

[496]

- Pensar/ Pontificia Universidad Javeriana, 2004.
- Chartier, Roger. *On the Edge of the Cliff*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1997.
- Chartier, Roger. "La historia entre representación y construcción". *Prismas: Anuario de Historia Intelectual 2* (Buenos Aires, 1998).
- De Certeau, Michel. "Culturas y espiritualidades". *La debilidad de creer*. Buenos Aires: Katz Editores, Colección Conocimiento, 2006.
- De Certeau, Michel. *La invención de lo cotidiano*. Vol. 1. México: ITESO/ UIA/ CFE-MCA, 1996.
- De Certeau, Michel. *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana, 1993.
- Fontana, Joseph. *Historia: análisis del pasado y proyecto social*. Barcelona: Crítica, 1982.
- Foucault, Michel. *Sujeto y poder*. Bogotá: Editorial Carpe Diem, 1991.
- Foucault, Michel. *La arqueología del saber*. Bogotá: Siglo XXI Editores, 1978.
- González, Fernando M. "El caminante infatigable: acerca de François Dosse, Michel de Certeau". *El caminante herido*. México: Universidad Iberoamericana, 2003. Recuperado de: <http://www.h-mexico.unam.mx/cgi-bin/resenias/ver_texto.cgi?id=27>.
- Le Goff, Jacques. *El orden de la memoria: el tiempo como imaginario*. Barcelona: Paidós, 1991.
- Litmanovich, Juan Alberto. "A un texto una invención". *Historia y Grafía* (México, ene.-jun. 1997).
- Max-Neef, Manfred. *La economía descalza*. Uppsala: Fundación para el Desarrollo Humano, 1984.
- Mora Martínez, Martín. "En el umbral de la invención humana". Tesis de doctorado, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 1988.
- Ortega, Francisco, Ed. *La irrupción de lo impensado: Cátedra de Estudios Culturales Michel de Certeau*. Bogotá: Instituto Pensar/ Pontificia Universidad Javeriana, 2004.
- Poster, Mark. *Cultural History and Postmodernity*. Nueva York: Columbia University Press, 1997.
- Said, Edward W. *Orientalismo*. 3ª ed. Barcelona: Editorial de Bolsillo, 2004.
- Scott, James C. *Los dominados y el arte de la resistencia: discursos ocultos*. México: Ediciones ERA, 2004.
- Thompson, E. P. *Miseria de la teoría*. México: FCE, 1977.
- Vigarello, Georges. "Historias de cuerpos: entrevista con Michel de Certeau". *Historia y Grafía* (México: jul.-dic. 1997).

Wallerstein, Immanuel *et al.* *Abrir las ciencias sociales*. México: UNAM/ Siglo XXI Editores, 1996.

[497]

